

UN CRISTIANISMO NUEVO PARA UN MUNDO NUEVO

Por qué la fe tradicional está muriendo
y cómo una nueva fe está naciendo

JOHN SHELBY SPONG

UN CRISTIANISMO NUEVO PARA UN MUNDO NUEVO

*Por qué la fe tradicional está muriendo
y cómo una nueva fe está naciendo*

John Shelby SPONG

UN CRISTIANISMO NUEVO PARA UN MUNDO NUEVO

Por qué la fe tradicional está muriendo y cómo una nueva fe está naciendo

John Shelby SPONG

Título original: *A New Christianity for a New World. Why Traditional Faith Is Dying & How a New Faith Is Being Born.* HarperCollins Publishers, New York.
© 2001 by John Shelby Spong
Published by arrangement HarperOne, an imprint of HarperCollins Publishers.

Primera edición: enero de 2011

Segunda edición: julio de 2011

© **Editorial Abya Yala**

Casilla 17-12-719

Quito, Ecuador.

Telef.: (593-2) 2506-251 / 2506-247

Fax: (593-2) 2506-255 / 2506-267

editorial@abyayala.org

<http://www.abyayala.org>

y

Agenda Latinoamericana

punto de contacto en:

<http://latinoamericana.org>

Impreso en Quito, Ecuador, julio 2011.

ISBN: 978-9978-22-977-4

Diagramación y cubierta: Agenda Latinoamericana

Colección «Tiempo axial», nº 14

<http://tiempoaxial.org>

Director de la colección: José María Vigil

Traducción del Equipo Koinonía:

Carmelo Astiz (República Dominicana-España),

Úrsula Carvacho (Chile-España)

José Moreira (Brasil-California, EEUU)

José Miguel Paz (Nicaragua-España)

Pablo Gómez Rivas (España)

Francesca Toffano (México-España)

José María Vigil (Panamá)

Esta edición debe mucho a su colaboración generosa.

Haga su pedido de este libro en papel a:

Editorial Abya Yala, Quito, Ecuador

cordinacionventas@abyayala.org

o, internacionalmente, a:

ventasinternacionales@abyayala.org

o adquiéralo en línea en: www.abyayala.org

Descuento especial para la adquisición de la colección completa.

Vea toda la colección en <http://tiempoaxial.org>

ÍNDICE

Presentación.....	7
Prefacio	9
1. Lo antiguo ya pasó, lo nuevo aún no ha comenzado	23
2. Los signos de la muerte del teísmo.....	38
3. Autoconciencia y teísmo: gemelos siameses de nacimiento .	50
4. Más allá del teísmo, pero no más allá de Dios.....	65
5. El Cristo original: antes de la distorsión teísta	81
6. Cómo el teísmo se apoderó del cristianismo.....	96
7. Cambiando el mito básico cristiano	109
8. Jesús más allá de la Encarnación: una divinidad no teísta ...	120
9. El pecado original está fuera. La realidad del mal está dentro...	134
10. Más allá de la evangelización y la misión mundial. Hacia un universalismo posteísta	153
11. ¿Y qué pasa con la oración?	164
12. La Iglesia del mañana	176
13. Por qué importa. La cara pública de la Iglesia.....	189
14. El valor de caminar hacia el futuro.....	199
Bibliografía.....	209

A

*Peter J. Gomes,
profesor de moral cristiana
y ministro de la Iglesia Memorial
de la Universidad de Harvard.*

*Diana L. Eck,
profesora de religión comparada y estudios indígenas
de la Universidad de Harvard.*

*Dorothy A. Austin,
ministra asociada de la Iglesia Memorial
de la Universidad de Harvard
y profesora asociada de psicología y religión
de la Universidad de Drew.*

*Mi agradecimiento a cada uno de ellos
por su participación en la invitación que recibí para ser conferenciante
en la Universidad de Harvard en el año 2000,
por la residencia en Lowell House, Harvard, durante aquel semestre,
y por el apoyo de su amistad desde los años anteriores hasta hoy.*

Presentación

John Shelby Spong en la colección «Tiempo Axial»

La colección «Tiempo axial» se enorgullece de incorporar a sus títulos esta obra y este autor, que tan claramente se enmarcan en el contexto de nuestro actual tiempo de *cambio axial*.

Es verdad que varias obras del primer Spong, hace varias décadas, fueron traducidas al castellano. Pero el Spong maduro y más original, el que dio un giro y una profundización a su aventura personal «clavando sus 12 tesis» en internet, como nueva Wittemberg telemática, llamando a las Iglesias a una «Nueva Reforma», es en realidad desconocido en el ámbito de lengua española. Este libro que la colección Tiempo Axial incorpora es uno de los más significativos de esta época de plenitud de la producción del autor.

La buena dosis de elementos biográficos que este libro incluye -lo que lo califica como un libro también de testimonio, no sólo de reflexión teórica- nos dispensa de su presentación biográfica. El lector va a disfrutar recibiendo las confidencias del autor (¡un obispo por más señas!), tanto personales, como familiares, o sobre sus sentimientos de fe y hasta a su manera personal de hacer la oración cada mañana...

Herederero del inolvidable John A.T. Robinson -obispo a su vez-, y también muy «sincero para con Dios», Spong se mantiene brillantemente fiel a ese carisma de ser «puente entre el pensamiento académico y los bancos de las iglesias». Sus libros no son tratados académicos abstractos o teóricos, ni tampoco meras soflamas parenéticas reformistas, sino, precisamente, una dosificada mezcla de intuición de fondo, claridad lúcida, pedagogía en la comunicación, y fundamentación bíblico-teológica: una combinación francamente útil para ser puesta en manos tanto de los cristianos/as de a pie como de los teólogos/as, así como de los agentes de pastoral, para que sea utilizado en la animación de las comunidades, o en

los grupos de estudio... como manual para realizar con él cursos populares de renovación del pensamiento teológico y espiritual.

Tal vez Spong sea en este momento el autor que con más convicción y valentía está proponiendo el tema del *posteísmo*, y que con más insistencia está llamando a realizar a toda una *relectura posteísta del cristianismo*. No es absolutamente nueva la idea, él mismo nos lo recuerda; se trata de ideas, aspectos, elementos, movimientos... que nos envuelven recurrentemente, como dando vueltas en un círculo que en realidad no es tal *círculo*, sino una *espiral*, que aunque aparenta repetir su movimiento circular, lo hace cada vez a una profundidad siempre nueva, más honda. La propuesta de Spong vuelve a repetir algo que de alguna manera ya fue dicho, pero tiene el mérito de hacerlo con mayor claridad, con nueva profundidad, y con una renovada exigencia.

Mérito especial de Spong -hay que destacarlo- es su apasionada defensa de la continuidad y de la identidad. Aclara y proclama que no está renunciando a nada sustancial. Se mantiene y se confiesa profunda y apasionadamente seguidor de Jesús, con aquella misma experiencia original que sintieron sus primeros discípulos -antes de la «distorsión teísta»-. La *experiencia* -dice el autor- es la misma; felizmente, lo único que ha cambiado son las *explicaciones*, que, aunque algunos crean inmutables, ya cambiaron muchas veces, y no van a dejar de seguir haciéndolo.

Son palabras mayores las que pronuncia Spong en este libro. No son cuatro ideas laterales llamativas, sino todo un llamado a re-convertir radicalmente el cristianismo, en este paradigma, el pos-teísta. No importa que algunos lectores tal vez no hayan escuchado nada todavía al respecto: este libro constituye una excelente introducción -clara, suave, razonada, pedagógica, bastante completa, y realmente radical- del nuevo/antiguo *paradigma pos-teísta* que nos visita de nuevo, y que quizá esta vez viene ya para quedarse.

Estamos convencidos de que esta obra mantiene en alto el listón de calidad y de avanzada que siguen buscando en la colección «Tiempo Axial» sus lectores, esos que, tan frecuentemente, piden «la colección entera». Queremos continuar en esa línea de selección: pocos libros, pero los libros imprescindibles para intentar comprender, dejarnos llevar y acompañar este «tiempo axial» en que irreversiblemente hemos entrado.

En nombre de esos mismos lectores, no podemos menos de agradecer a la Editorial Abya Yala y a todo su personal este servicio de vanguardia para América Latina y el mundo, que tan generosa y desinteresadamente hacen posible.

José María VIGIL

Panamá, enero de 2011

Prefacio

LOS ORÍGENES DE ESTE LIBRO: de «Sincero para con Dios» a «Por qué el cristianismo tiene que cambiar o morir»

La mayoría de edad nos conduce a un verdadero reconocimiento de nuestra situación ante Dios. Dios nos daría a conocer que debemos vivir como quienes manejan sus vidas sin Él. El Dios que está con nosotros es un Dios que nos abandona. El Dios que nos deja vivir en el mundo sin la hipótesis funcional de Dios, es el Dios ante quien continuamente estamos. Ante Dios y con Dios, vivimos sin Dios. [...] Dios es débil e impotente en el mundo, y ésa es precisamente la manera, la única manera como Él está con nosotros para ayudarnos ¹.

Dietrich Bonhoeffer

Hay dos tareas que pretendo llevar a cabo con este libro. La primera es dar continuidad al trabajo iniciado el siglo pasado por mi maestro y amigo John Arthur Thomas Robinson. La segunda es compensar una laguna en mi propia carrera, la que me hicieron ver las respuestas que recibió mi libro *Why Christianity Must Change or Die?* [Por qué el cristianismo tiene que cambiar o morir].

Tal vez no haya nadie en el mundo académico cristiano con quien yo me haya identificado más que John A. T. Robinson. Teníamos mucho en común. Él era obispo, como yo. Sólo aquellos de entre nosotros que hayan tenido el privilegio de vivir desde dentro las expectativas de ese ministerio podrán entender plenamente el lazo que esa experiencia particular compartida creó en nosotros dos. Él era además escritor, que intentaba, igual que yo, libro tras libro, acortar la distancia entre la teología académica y los cristianos de a pie. En tercer lugar, él estaba, como yo lo estoy, profundamente entregado a la Iglesia a la que sirvió durante toda

¹. Dietrich Bonhoeffer, en carta a Eberhard Bethge, de fecha 16 de julio de 1944, tomada de su libro *Letters and Papers from Prison*, p. 219.

su vida, pero, también como yo, se sentía incómodo en las “camisas-de-fuerza” teológicas que el cristianismo parece tan deseoso de imponer al pueblo, de generación en generación.

Robinson, igual que yo, entró también por la fuerza en la conciencia de su nación, en una controversia pública que surgió de la confrontación entre religión y sexualidad humana. En su caso, fue su oposición al esfuerzo de los puritanos moralistas del Reino Unido, que querían impedir la publicación del libro de D. H. Lawrence *Lady Chatterly's Lover* [El amante de Lady Chatterley]. En mi caso, fue la batalla para incluir plenamente a homosexuales y lesbianas en la vida y en el amor del Cuerpo de Cristo. John Robinson y yo, aunque separados por una generación, hemos caminado por caminos notablemente semejantes.

Fue, sin embargo, su pequeño libro titulado *Honest to God* [Sincero para con Dios], publicado en 1963, el que dio forma decisiva a mi trayectoria teológica. Ese libro se lanzó en Gran Bretaña, y el periódico *Sunday Observer* publicó sobre él, en portada, este titular: “¡Nuestra imagen de Dios tiene que desaparecer!” La vida de Robinson jamás sería ya la misma. Ese libro fue un valiente ataque a la manera como el cristianismo era tradicionalmente entendido. Fue publicado por alguien que en aquella época era solamente obispo auxiliar, que ocupaba una posición bastante secundaria en la jerarquía eclesiástica. Su título era obispo de Woolwich. Woolwich es una subdivisión de la diócesis de Southwark, que cubre todos los suburbios de Londres, al sur del Támesis. En ese libro, Robinson expuso, en lenguaje directo y accesible a la gente corriente, tanto a los cristianos de a pie como a los miembros de la «Asociación de ex-alumnos de la Iglesia», los debates que estaban teniendo lugar en el ámbito académico. Introdujo a sus lectores a la obra de Rudolf Bultmann, que exigía la desmitificación de las Escrituras; a la de Dietrich Bonhoeffer, que buscaba un cristianismo sin religión; y a la de Paul Tillich, que insistía en que Dios ya no podría definirse personalmente como un ser, sino que hay que enfocarlo de forma impersonal, como la Base de Todo Ser. La reacción al libro fue tremenda: era discutido en los pubs, en el té o en la cena, entre chóferes de taxi y hasta en hogares en los que ir a la Iglesia había dejado de ser costumbre hacía mucho tiempo.

Pero casi inmediatamente el liderazgo amenazado de la Iglesia tradicional contraatacó en defensa de sus conocidas y recurrentes afirmaciones teológicas. Liderada por el arzobispo de la Canterbury, Michael Ramsey², decidió, de manera puntual propia de personas a la defensiva, que, ya que no podían ni abrazar ni negar el mensaje de Robinson, deberían atacar al mensajero. Y fue lo que hicieron.

². El arzobispo Ramsey reconoció más tarde su reacción negativa a John Robinson como uno de sus mayores errores.

En una avalancha de negativismo sin precedentes en los círculos religiosos -hasta que los musulmanes pusieran precio de muerte a la cabeza de Salman Rushdie-, Robinson fue ridiculizado y ninguneado en la prensa, en cartas a los editores, en los programas de radio y en los púlpitos. Hubo clérigos ambiciosos que hicieron carrera eclesiástica a costa del ataque al joven obispo, en nombre de algo denominado “la fe que los santos recibieron de una vez para siempre” (Jud 1,3), como si alguna vez hubiera existido tal cuerpo de doctrinas fijo.

Robinson tuvo que sufrir el destino de muchos líderes espirituales brillantes que lo precedieron. Fue pronto marginado por su Iglesia, abandonado por aquellos que antes fueron sus colegas, y se vio obligado a luchar para mantener su reputación e integridad. Su carrera en la Iglesia descarriló. Normalmente alguien de su edad, educación y capacidad permanecería en el cargo de obispo asistente o regional durante algunos años, hasta ser promovido a obispo titular de alguna diócesis de mayor rango. Robinson, por el contrario, quedó claramente destinado a ser sólo obispo auxiliar para el resto de su vida. Finalmente él renunció al cargo para regresar a Cambridge como profesor. Sin embargo, hasta en aquella gran universidad, el brazo fuerte de la Iglesia extendió su poderosa influencia sobre él y no le permitió ser elegido -por quien tenía poder de decisión- para el cargo de conferenciante universitario, a pesar de haberlo ocupado en la década de 1950, antes de ser nombrado obispo. Así acabó su carrera en Cambridge en el cargo relativamente insignificante de decano de la Capilla del Trinity College, generalmente ocupada por un recién graduado en teología. Murió en 1983, despreciado en gran parte por su Iglesia.

Como Robinson fue forzado a defenderse de una legión de ataques después de la publicación de *Honest to God*, nunca logró concluir la tarea que había iniciado con ese libro. *Honest to God* revelaba claramente que lo que la iglesia predicaba sobre Dios ya no tenía credibilidad en el mundo de su época; sin embargo, a pesar de diagnosticar el problema, poco tenía él que ofrecer para indicar una nueva dirección. Para ese hombre lleno de Dios, la cuestión central no se trataba de la realidad de Dios -que para él era indiscutible-, sino de la forma anticuada con la que tradicionalmente se proclamaba ese Dios. Robinson logró, de hecho, progresar bastante en la tarea de demoler los “moldes” religiosos del cristianismo del pasado, y señaló con facilidad y claridad todo aquello que ya no funcionaba. Sin embargo, reconstruir y reformular la plenitud de la fe del futuro es increíblemente más difícil. Él tenía ese propósito en mente, como se puede ver en su entusiasmo por el llamado de Bonhoeffer para que la Iglesia desarrolle un “cristianismo sin religión” o, como el propio Robinson vino a decir, una “santidad mundana”. Pero esa tarea nunca se llevó a cabo. Tal vez no fuera posible en aquel momento, porque el desa-

rrollo de un nuevo lenguaje y un nuevo ambiente teológico lleva tiempo, pero su libro contenía ya las semillas del trabajo que aquí presento. John Robinson fue, sin duda, un “antepasado” mío en la fe. Fue también mi padre espiritual, cuyos pasos he intentado seguir deliberadamente, y a quien atribuyo la mitad del origen de este libro.

La otra mitad de este mi libro tiene sus raíces en la publicación del libro *Why Christianity Must Change or Die*, en 1998. Con ese libro intenté volver a plantear para la nueva generación el llamado de Robinson hacia una reforma radical, y de afrontar el hecho de que los conceptos premodernos bíblicos y de fe atraen y transmiten peor al final del siglo XX que en su época. Después de la publicación de *Why Christianity Must Change or Die*, entresaqué del contenido del libro doce puntos, para colgarlos en internet, al estilo de Lutero; yo creía necesario presentarlos a debate, como parte de esa reforma inevitable³. Con el objetivo de provocar la máxima reacción, tanto de quienes concordaran con ellos como de quienes se sintieran amenazados por ellos, formulé estos puntos de la manera más provocativa que pude. La táctica funcionó, y las respuestas a los puntos y al libro fueron muy reveladoras. En los primeros quince meses recibí más de seis mil cartas de mis lectores; después el volumen decayó un poco, pero no se paralizó. El total, hasta el momento, va todavía creciendo y pasan ya de diez mil cartas, número significativo tratándose de un solo libro, lo que significa que el mensaje tocó una cuerda sensible.

Esas respuestas, sin embargo, eran distintas de las que yo había recibido por publicaciones anteriores, y no sólo desde el punto de vista cuantitativo. Primeramente, eran más positivas que negativas, en una proporción de tres a una. Eso fue una sorpresa. Normalmente, cuando forzamos los límites de instituciones como la Iglesia, como he hecho constantemente en mi carrera, aquellos que se sienten tocados son los que escriben, y lo hacen negativamente. El número de respuestas negativas a mis libros anteriores fue siempre mayor que el de positivas, por lo menos inicialmente. Esta vez, dos tercios de ellas fueron positivas, y eso indicaba algo nuevo.

El segundo aspecto que vale la pena resaltar es el hecho de que la gran mayoría de esas respuestas positivas -cerca del noventa por ciento- vinieron de laicos. Algunas eran de personas que habían dejado la Iglesia. Otras, de personas que mantenían la relación como pendiente de un hilo; y otras, principalmente de las regiones reconocidamente más religiosas de nuestro país y del mundo, de personas que se habían conformado con ser participantes silenciosos de la vida de sus Iglesias, sin estar con-

³. Las tesis fueron publicadas en el apéndice de mi autobiografía, *Here I Stand. My Struggle for a Christianity of Integrity, Love, and Equality*.

vencidos, pero también sin querer perturbar los valores que dominaban en sus comunidades. Esas personas vivían en el llamado Cinturón de la Biblia –en la región norcentral de Estados Unidos–, en las pequeñas ciudades de la región central del país, y también, sorprendentemente, en las regiones evangélicas de África. Muchas de ellas relataban casos en que, al pedir clarificación a los líderes de la Iglesia, éstos les informaban que cualquier postura que no sea de conformidad a la “verdad revelada”, tal como la enseña la Iglesia o la afirma la Escritura, constituía un comportamiento pecaminoso.

Esas personas se identificaron con mis reflexiones y encontraron en mis palabras una forma para articular sus propias dudas de fe y para buscar nuevas respuestas. Encontraron un sentido de comunión en mí y en mi manera de escribir, que salía al encuentro de su sospecha de que ellas serían personas extrañas, o sea, las únicas que estarían sintiéndose de esa manera. Muchas se expresaron en estos términos: “Si Ud., como obispo, habla de esa forma, tal vez todavía haya lugar para alguien como yo en la Iglesia”. En muchos casos las cartas eran largas y parecían autobiográficas. Era como si las personas se sintieran compelidas a contar la historia de sus vidas a alguien que las iba a comprender.

Las respuestas negativas, al ser analizadas, eran también reveladoras. La hostilidad que contenían era manifiesta. Me llamaron con una serie de etiquetas poco halagadoras: herético era una de las más amables, ateo, anticristo, hipócrita, embustero, diablo encarnado y “prostituto” eclesiástico... -entre otras que no me atrevo a escribir aquí-. A veces esas cartas incluían la exigencia de que yo renunciara al cargo de obispo, y clamaban que yo debía ser expulsado o excomulgado de la Iglesia si no me apartaba por propia decisión. Algunos proferían incluso amenazas de castigo, hasta de muerte, que esos lectores recomendaban, o bien me informaban de que tenían intención de ejecutar el castigo personalmente. Muchos afirmaban que era Dios quien se lo inspiraba. Lo más interesante no fue la hostilidad en sí misma, sino el hecho de que cerca del noventa por ciento de esas cartas negativas provenían de clérigos, o sea, de las filas de los ministros ordenados.

El contraste de opiniones fue revelador para mí. Allí podía observarse el profundo abismo que existe en la comprensión de la Iglesia cristiana actual. Vemos en estas respuestas personas ordenadas defendiendo con vehemencia su terreno, mientras tachan como maléfica cualquier propuesta de cambio en sus formulaciones tradicionales. Los laicos aparecen como si vivieran en los márgenes de la vida de la Iglesia, o incluso quedando normalmente fuera de ella, y aun así, se muestran abiertos a nuevas posibilidades. Quienes me respondieron entre mis colegas ordenados parecían ajenos a la existencia de esos laicos que, a pesar de sentirse desilusionados por la mezquindad defensiva de sus líderes eclesiásticos, se

mostraban muy receptivos a mis intentos de hablar de Dios con el acento de un nuevo tiempo con el cual ellos podían sentirse a gusto.

Si mis colegas ordenados no consiguen ni reconocer el problema que enfrentan, ¿cómo van a conseguir abordarlo?

En muchas de mis conferencias públicas, las respuestas que he recibido de las personas que viven en los márgenes o hasta fuera de la Iglesia generalmente han sido positivas, mientras que las respuestas de aquellas cuya identidad está marcada de alguna manera por la Iglesia han sido la mayoría de las veces negativas. Un auditorio constituido solamente por clérigos es tal vez el más difícil⁴. Me acuerdo de una serie de conferencias de cuatro días que dicté en una universidad muy bien conceptuada en el Este de Estados Unidos. La mesa redonda al final de la presentación estaba compuesta oficialmente por tres personas. Una de ellas era un profesor de astronomía, miembro del cuerpo docente de aquella universidad. Otra era del cuadro administrativo oficial de la escuela de teología de otra universidad de la misma ciudad. La tercera era un sacerdote episcopaliano que había sido miembro del cuerpo docente de un seminario y también misionero en África. Sus respuestas me sorprendieron.

El sacerdote fue negativo, el administrador fue al mismo tiempo irrelevante y ambivalente, y el astrónomo estuvo extáticamente agradecido. Tanto el sacerdote como el administrador trajeron sus textos impresos, lo que era de apreciar, pues significaba que habían preparado sus respuestas antes incluso de oír mis conferencias. El sacerdote hizo declaraciones escalofriantes, hablando de la amenaza que le parecía percibir; vi claramente que él vivía en un mundo en el cual yo no vivo. De hecho elogió a quien cultivaba la ignorancia anti-intelectual. Su comentario más gratuito fue decir que no conocía a nadie que “usara a Dios como cobija de seguridad”. El administrador aprovechó la oportunidad para hacer comentarios sobre su visión de la homosexualidad -asunto que ni siquiera fue mencionado en las conferencias-, asumiendo una posición totalmente contraria a la mía, que es bastante conocida. Probablemente había esperado esa oportunidad por mucho tiempo. Aparentemente, sólo el astrónomo reconoció el contexto a partir del cual yo trabajaba, dio

⁴ Quedé satisfecho al contestar esa experiencia en unas conferencias que pronuncié en la Biblioteca de St. Deiniol, en Hawarden, Gales, en octubre de 2000. Más del 80% del público estaba compuesto por clero, sacerdotes (y hasta obispos) de Inglaterra, Gales, Australia, Islas Vírgenes y Estados Unidos. Fueron cinco jornadas intensas de trabajo, durante las cuales pronuncié ocho conferencias. El tono predominante, incluyendo su involucramiento positivo con el material que se encuentra en este libro, fue establecido por el supervisor, el reverendo Peter Francis. Fue emocionante el hecho de que esas Jornadas mostraran que hay algunos clérigos dispuestos a arriesgar, a aventurarse y a comprometerse con el futuro. Estoy agradecido a la Biblioteca de St. Deiniol.

atención a las reflexiones que yo había procurado desarrollar, y se mostró sinceramente agradecido. Mis palabras, afirmó, le ayudaron a profundizar en sus búsquedas personales de cultivo de la vida espiritual.

Me quedo constantemente sorprendido por la forma como los representantes eclesiásticos se sienten amenazados cuando se sienten confrontados con el hecho de que las palabras que usan para contar su testimonio de fe, simplemente, no transmiten nada significativo en el mundo de la experiencia actual. Quedarse con rabia, ser hostil, actuar defensivamente y desviar los ataques hacia cuestiones externas son las reacciones de ese problema más sintomáticas que lo que ellos pueden darse cuenta. En aquella experiencia particular, una vez más, vi claramente que el público a quien escribo está representado no por el sacerdote amenazado, sino por el astrónomo indagador. Fue fascinante gozar de la comprensión profunda que yo había obtenido con la correspondencia provocada por *Why Christianity Must Change or Die*, confirmada tan vivamente en este entorno académico.

Después de la publicación del libro, dicté muchas conferencias sobre su contenido en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia y País de Gales. En el proceso de atender a las preguntas y cuestionamientos de mis oyentes, inevitablemente empecé a desarrollar más ampliamente algunas de las ideas de ese libro. Percibí que mis procesos de pensamiento se extendían hacia nuevos ámbitos por medio de ese diálogo. Poco a poco me di cuenta de que estaba pisando más allá de las tradicionales barreras de seguridad de mi propia tradición de fe, que hasta entonces yo había respetado. Descubrí entonces que yo mismo estaba levantando cuestiones que anteriormente no me disponía a abordar y me estaba adentrando en arenas teológicas en las que jamás había entrado. Fue para mí una experiencia tan estimulante como atemorizante.

Comencé a pensar sobre cómo podría continuar manteniendo contacto con mis dos mundos, cuya disparidad aumentaba cada vez más: el mundo de la Iglesia y el mundo de mi público. Recordé colegas como Don Cupitt, en Inglaterra, Lloyd Geering, en Nueva Zelanda, y Robert Funk, en California, que ciertamente llegaron a ese punto antes que yo y, según llegué a saber, adoptaron conclusiones con respecto a la fe cristiana que yo no había estado dispuesto adoptar. ¿Estaría yo ahora acercándome a sus caminos y a sus conclusiones? En mi concepción, ellos no sólo estarían en el exilio, sino que se hicieron habitantes voluntarios de un mundo post-cristiano, libre de una necesidad mayor de reconciliación con la fe en la que todos ellos fueron nutridos. Yo no tenía certeza de si quería alejarme o ir más allá de mi sistema de fe de forma tan radical como ellos. Sin embargo, era claramente la hora de dar un paso más allá, tanto más allá del libro de Robinson, *Honest to God*, como de mi propio libro, *Why Christianity Must Change or Die*. Pero, dónde terminaría ese

viaje, yo no podía garantizarlo. Regresé a los escritos de algunos de mis mentores -Paul Tillich en particular, aunque hubiera otros como Karl Barth, Don Cupitt, Norman Pittinger y Richard Holloway- y leí nuevamente sus escritos, concentrándome esta vez no en sus libros más populares, sino en los escritos que marcaron su vida cuando ellos se aproximaron al fin de su carrera. Claramente sintieron muchas cosas semejantes a lo que yo sentía. En sus últimos escritos, no parecían dispuestos a quedar constreñidos por las fronteras tradicionales que marcan tantos representantes de la Iglesia. Parecían haber recorrido los caminos que ahora se presentaban tan claros para mí. Tillich hasta dio a uno de sus últimos libros el título de *En la Frontera* [On the Boundary]. Cupitt habló sobre *Después de Dios* [After God], y Holloway escribió sobre *Moralidad sin Dios* [Godless Morality]. Ruth, la viuda de John Robinson, compartió conmigo algunas de las cuestiones teológicas no resueltas en su vida y en la de su esposo.

Aquellos que tan significativamente moldearon o compartieron mi formación teológica no me parecieron dispuestos a desistir de su peregrinación hacia la maravilla de Dios sólo por haberse vuelto atemorizante. No retrocedieron de los niveles de honestidad que caracterizaron su carrera. Percibí entonces que yo tampoco lo podría hacer. También tengo yo que seguir el camino por el que me llevara la búsqueda de la verdad. Una vez más, el lema de mi seminario teológico me compelió a: "Buscar la verdad, venga de donde venga, cueste lo que cueste". Una cosa es no lograr ver el camino que tengo delante de mí; otra, completamente diferente para mí, es verlo y, por temor, desistir de investigarlo. Yo sabía que tendría que continuar mi peregrinación, me llevara a donde me llevara.

El diálogo con mis lectores y oyentes me abría muchos caminos nuevos e inexplorados. Renunciar a esos caminos, significaría cerrar mi mente a las nuevas verdades, y asumiría que lo que yo podía ver era todo lo que podía existir. Eso denotaría intolerancia e idolatría. Sugerir que Dios es igual a cualquier percepción que se tenga de él es dejar de crecer, estar muerto a la búsqueda de la verdad. Si mi Iglesia me exigiera eso, ya no sería el lugar donde yo deseo vivir. Para alguien que ama la Iglesia tan profundamente como yo, esa conclusión fue asustadora y, al mismo tiempo, una maravillosa experiencia liberadora.

Ése fue el proceso interior por el cual evolucioné hasta reconocer que las conclusiones a que había llegado en *Why Christianity Must Change or Die* jamás podrían ser las conclusiones finales de mi vida o carrera. Aquellas conclusiones anteriores, en retrospectiva, aparecen mucho más preliminares de lo que había imaginado. El diálogo que aquel libro había generado ciertamente abrió puertas de experiencias para mis lectores, y, a medida en que el tiempo pasaba, me vi forzado a reconocer que también me abrió las puertas de otras experiencias. Mi tarea ahora incluía una invitación -en realidad, una responsabilidad- para cruzar las

puertas abiertas y entrar en lo que hubiera al otro lado, tanto si fuese confortable como si no.

En aquel libro yo había analizado -de forma que todavía considero efectiva y competente- los profundos problemas culturales y teológicos que el cristianismo afronta en este momento de su historia. Sin embargo, está quedando cada vez más claro para mí que en aquellas páginas apenas había comenzado a insinuar, no a presentar, ideas muy desarrolladas sobre las direcciones evolutivas hacia las cuales desearía que el cristianismo del futuro se encaminara. ¡Es impresionante constatar que algo que juzgábamos como conclusión fuera con el tiempo rebajado al papel de simples indicaciones! El esbozo de un cristianismo radicalmente reformado estaba presente en aquel libro, pero mi éxito allí consistió mucho más en demostrar por qué las antiguas fórmulas no funcionaban ya, que en señalar con fuerza incisiva la nueva visión de un cristianismo reformulado. Ésa fue la obra inacabada de mi propia vida, que ahora estoy listo para afrontar. Las preguntas sin respuestas que fueron levantadas por mis lectores ahora invadieron mi mente, y reclamaban ser abordadas. ¿Cómo es Dios más allá de un teísmo decadente? ¿Semejante Dios, importa? ¿Quién es Cristo, una vez que los conceptos tradicionales como encarnación, redención y Trinidad no son ya aplicables? ¿Esa figura impone todavía el respeto que otrora le fue otorgado? ¿Podrá el cristianismo sobrevivir de manera que sea identificable, en el caso de que la reforma que defiendo llegue de hecho a ocurrir? ¿Terminaría yo también mi carrera -como muchos de mis colegas que me precedieron-, o en silencio ante una visión en la que rehusaría introducirme, o desilusionado por una Iglesia que no conseguía ya oír ni moverse?

Fue mientras luchaba con esas cuestiones profundamente perturbadoras y consideraba la percepción naciente desde donde ellas brotaban, cuando recibí una invitación que alteraría el curso de mi vida. Cerca de un año antes de la fecha de mi jubilación como obispo episcopaliano, recibí una carta de los oficiales de la Universidad de Harvard invitándome a ocupar un cargo de conferencista (llamado William Belden Noble Lecturer) el año 2000. Ese nombramiento fue acompañado de una oferta para residir en el campus en Lowell House como académico residente. Más tarde, me llegó una invitación para dar un curso, en ese tiempo, en la Harvard Divinity School. Ese cargo de conferencista incluía el requisito de hacer “todo esfuerzo razonable en el sentido de posibilitar la publicación” de esas conferencias.

Ésa era la maravillosa e inesperada oportunidad que necesitaba para armarme de valor y avanzar públicamente más allá de los límites que había logrado en *Why Christianity Must Change or Die*, y explorar más profundamente el surgimiento y la forma de lo que podríamos denominar un cristianismo posmoderno. La editorial Harper Collins estaba ansiosa

por lanzar un libro final mío que delineara el futuro perfil del cristianismo. Stephen Hanselman, el redactor, y John Loudon, mi editor, me ofrecieron inmediatamente un contrato. En ese momento las dos fuentes que darían origen a la producción de este libro se unieron; y así nació la presente aventura escrita.

Digo todo esto para afirmar que el contenido de este libro tuvo origen en aquellas conferencias en la Universidad de Harvard en marzo del año 2000. He expandido ese contenido para dar un contexto apropiado a mi pensamiento y posibilitarme el derivar conclusiones más amplias. He buscado deliberadamente caminar más allá de las fronteras tradicionales del cristianismo en el que fui educado y desarrollar un nuevo vocabulario a fin de abrir nuevos caminos a lo sagrado.

Hoy estoy preparado para unirme a John Robinson y dejar de lado el literalismo del cristianismo tradicional, para dibujar un nuevo futuro cristiano. Soy consciente de lo que eso significa y estoy preparado para encajar la hostilidad inevitable de aquellas personas religiosas tradicionales que se sienten amenazados por el más mínimo desafío a sus sistemas religiosos particulares. La historia nos muestra que esas respuestas generalmente acompañan a aquellos que osan transponer los antiguos límites teológicos. Intentaré ir más allá de los poderosos atributos institucionales con los cuales el cristianismo se ha presentado como el camino exclusivo para llegar a Dios. El cristianismo será siempre el camino que voy a seguir, pero hoy estoy convencido de que ningún sistema humano, ni siquiera el cristianismo, puede mantener la antigua reivindicación de ser el dueño exclusivo de la verdad. El mundo hoy es demasiado pequeño para que quepa en él ese tipo de religión tribal.

En ese cristianismo volcado al futuro he buscado también evitar la pseudo-seguridad ofrecida por el cristianismo tradicional. El Dios de los brazos eternos, que está listo para socorrernos cuando nos caemos (cf. Dt 33,27), y el Jesús a quien llamamos “la Roca Eterna”⁵, a quien nos agarraremos eternamente, ambos producen -así lo creo ahora- personas inmaduras, que necesitan los cuidados de una deidad sobrenatural y paternal. Eso jamás podrá ser el resultado del cristianismo que ahora me imagino. Más bien, veo y doy la bienvenida a una humanidad radicalmente nueva, emergente, que tiene que vivir en un mundo sin religión. Dietrich Bonhoeffer observaba, en la cita que sirve como epígrafe de este prefacio: “Ante Dios y con Dios, vivimos sin Dios”. Encuentro una profunda libertad en esa recién descubierta disposición de abrazar la inseguridad radical de la situación humana. La promesa religiosa de darnos seguridad que nos permita afrontar las dificultades de la vida, se

5. Del primer verso de un himno de Agustín Montague Toplady, de 1776, que aparece en muchos himnarios.

ha convertido para mí nada más que en una desilusión, como concebida para mantener a los seres humanos dependientes e infantiles. Así como todas las ilusiones religiosas, esa también deberá ser sacrificada para que el cristianismo avance hacia el futuro. Como Bonhoeffer describió, es la hora de nuestra «mayoría de edad».

En este libro trataré de articular una visión del cristianismo tan radicalmente reformulado que sea capaz de sobrevivir en este desafiante mundo nuevo. Pero también espero demostrar que este cristianismo del futuro todavía permanece en sintonía con la experiencia que dio origen a esta “fe tradicional” hace más de dos mil años. Este nuevo libro que ahora presento será probablemente la última obra teológica de mi carrera y de mi vida, y querría que ofreciera no un ataque a lo inadecuado de lo que el cristianismo es, sino una visión de la fuerza fantástica que podría llegar a tener. Ofrezco esta obra sin *imprimatur* eclesiástico alguno. Escribo sólo para extender una invitación a acercarse y oír, a explorar estas posibilidades, y para verificar si, viajando por un nuevo camino, podremos entrar en la realidad del Dios más allá del teísmo, y oír la voz de Cristo que nos habla con el vocabulario de un mundo pos-cristiano. Dejaré a mis lectores que decidan si he logrado o no ese objetivo.

Quiero agradecer al doctor Peter Gomes, el distinguido profesor de moral cristiana en la Universidad de Harvard y al presidente del William Belden Noble Lectureship, por haberme concedido el privilegio de pronunciar esas conferencias en ese gran centro de estudios. Cuando observé los nombres de aquellos que me antecedieron en este cometido y encontré figuras tan gigantescas como Hans Küng, H. Richard Niebuhr, Paul Tillich, William Temple, y sí, mi más admirado predecesor, John A.T. Robinson, me sentí a la vez profundamente complacido y profundamente empujado. También deseo agradecer a la maestra Diana Eck, de la Universidad de Harvard, y a la reverenda doctora Dorothy Austin, ministra asociada de la Iglesia Memorial de Harvard y maestra asociada de psicología y religión en licencia de la Universidad de Drew, por concedernos a mi esposa Christine y a mí, la alegría, compañía y la convivialidad de residir en el departamento para maestros residentes en Lowell House, en aquel campus en el que ellos trabajan como maestros. La oportunidad de vivir en esa estimulante comunidad y almorzar a diario con los estudiantes, tutores y profesores de Harvard, fue estimulante. Dedicar este libro a las tres personas que hicieron eso posible supone para mí un placer especial.

Mientras yo formulaba y escribía este libro, también daba clases en la Escuela de Teología de Harvard sobre “Cuestiones acerca de la Predicación Pública”. Sin poderlo evitar, las ideas que elaboraba para este libro salieron en mis clases y comentarios, y así tuve la oportunidad de interactuar con las ideas de las mentes brillantes y fértiles de aquellos

estudiantes graduados. Eso fue para mí una nueva oportunidad de crecimiento. Esos candidatos al grado de maestría en teología, cuyas edades oscilaban desde poco más de 20 años hasta casi 60, me obligaban con frecuencia a aclarar mis pensamientos.

Tal vez mi mayor regalo para ellos fue darles el permiso tácito -que parece les ofrecí- para pensar de manera diferente, fuera de los límites tradicionales. Había una estimulante libertad en esas clases ya que juntos abordábamos cuestiones que ciertamente jamás se abordaron en mi propia preparación teológica para el ministerio. Me sorprendía mentalmente a mí mismo previendo con entusiasmo, como todavía lo hago hoy, el impacto de estos estudiantes en la vida del cristianismo institucional en la próxima generación.

Me parecía vislumbrar claramente la reforma del cristianismo que he exigido, realizada por estos futuros clérigos, que representaban, dentro del cristianismo, a las tradiciones episcopalianas, presbiterianas, luteranas, metodistas, bautistas, de la Iglesia Unida de Cristo, unitarias-universalistas y moravas, así como a las tradiciones del judaísmo y budismo en la amplia familia de las religiones mundiales.

Mis lectores encontrarán referencias a esos estudiantes tanto en las notas de pie de página como en el propio texto de este libro; sin embargo, lo que el texto no logra decir es que aprendí mucho sobre el significado de la oración con un estudiante de la Iglesia Morava llamado Christian Rice. Descubrí una nueva manera de abordar la resurrección cuando escuché a un estudiante de la Iglesia Unitaria Universalista llamado Mark Strickler. Entendí la redención en un nuevo contexto gracias a una estudiante llamada Sarah Sentilles. Constaté el enorme valor mostrado por Tom Rosiello, Elizabeth Valera y Neil O'Farrell, cuando procesaron la verdad teológica inserta en cuestiones personales. Vi la ciencia y la teología ensambladas del modo más efectivo que jamás había visto antes, a través de un estudiante llamado Eric Fosse, que había dejado la práctica exitosa de la medicina para seguir estudios teológicos. Por abrigar la esperanza de que estos futuros clérigos conformarán en breve la Iglesia del mañana, quiero dar la lista de sus nombres, tanto para futura referencia como para agradecerles individualmente lo que representó para mí haberles impartido clase. Ellos son Carrie M. Brunken, Helen Lane Dilg, Zachary P. Drennen, Kathrin M. Ford, Eric T. Fosse, Christopher E. George, Susan E. Gray, Rebecca L. Kavich, Evan V. Keely, Melissa MacDonnell, Mark J. McInroy, Cornelius O. O'Tarrell, James B. Pratt, Christian C. Rice, Verónica García-Robles, Thomas A. Rosiello, Leaf Seligman, Sarai Y. Sentilles, Mark E. Strickler, Joseph R. Truesdale, Elizabeth N. Valera, Medora M. Van Denburgh, Jamie P. Washam y David M. Zúñiga.

También quiero agradecer a aquellos que hicieron posible la producción del manuscrito: mi secretaria, Lyn Conrad, quien trabajó conmigo

en los últimos cuatro libros y, aun después de su jubilación, continúa ayudándome en ese proceso; y mi redactor en Harper San-Francisco, John Loudon, quien me ayudó a mantener y expandir mi carrera de escritor. A Stephen Buchanan, Roger Freet, Terri Leonard y Eric Brandt, quienes cuidaron de la producción, mercadotecnia y publicidad, expreso mi agradecimiento. Todos ellos contribuyeron para que mi relación con la Harper fuera tan rica durante tantos años. También agradezco a Carol DeChant y Kelly Hughes, de la empresa de relaciones públicas de DeChant y Huges en Chicago, quienes trabajaron conmigo en el lanzamiento de seis libros, culminando con éste.

La revisión final de este manuscrito fue realizada en la Biblioteca de St. Deiniol, en Gales, donde el supervisor, Peter Francis, y su esposa, Helen, fueron tan amables recibéndome y ofreciéndome su amistad. Los recursos de aquella biblioteca fueron extraordinariamente buenos y la recomiendo a quien necesite de un lugar para investigación y estudio.

Finalmente, y por encima de todo, quiero agradecer a mi esposa, Christine Mary Spong. Sé que tradicionalmente los autores elogian a su esposa o esposo tanto por su apoyo como por su pericia, pero mis lectores deben saber que yo no me entretengo en ese tipo de hipérbole o de broma tradicional. Christine no es sólo mi esposa; ella ha sido compañera total en mi carrera, ayudándome primeramente en mi misión de obispo y después en mi papel de escritor y conferencista. En mi ministerio episcopal, tuvo participación vital en todo lo que realicé. Sospecho que el vacío creado por su jubilación como la esposa del obispo fue mayor y más notable que el creado por mi jubilación como obispo.

En mi carrera pos-episcopal, ella ha jugado un papel todavía más significativo. Gestionar mi vida, mis textos, mis conferencias y discursos públicos se convirtió para ella en su trabajo a tiempo completo. Como redactora de textos, es la mejor con quien he trabajado. Tiene ojos increíblemente sensibles. Sabe de inmediato lo que comunica y transmite y lo que no. Desafía presuposiciones que no están claras y se mantiene firme cuando no se aceptan sus retos. Me ama sin reserva, pero eso no le impide ser rigurosamente crítica cuando mis textos necesitan mejora. Tengo plena conciencia de que soy mejor escritor gracias a su intensa participación en ese proceso.

Además de todo eso, está la fundamental e innegable verdad de que la amo muy profundamente y considero que nuestra vida juntos es nada menos que un rico placer en permanente expansión. Me he sentido inmensamente orgulloso de ella cuando me ha sustituido en charlas, en diversas ocasiones en que la enfermedad me derribó en el momento más inoportuno, y cuando ella publicó su propio libro⁶. Esta mujer es

⁶. *The Bishop's Voice*.

tan capaz que ha sido requerida como conferenciante en lugares como California, Carolina del Norte, Misisipi y Oregon. Es una esposa muy dotada y profundamente apreciada, y yo la adoro.

Desde la solidaridad de esa asociación maravillosa, ampliamos nuestro amor a nuestra familia numerosa. Por eso quiero agradecer también a nuestros hijos, Ellen, Katharine, Jaquelin, Brian y Rachel; sus esposos y esposas, Gus Epps, Jack Catlett y Julieann Hoyt; nuestros nietos Shelby y Jay Catlett y John y Lydia Hylton; nuestras hermanas, Betty Spong Marshall, Will Spong, Nancy Wentworth, Bill Bridger y Doris Bridger; y a nuestra madre, Ina Bridger, viuda, felizmente todavía con nosotros⁷. Todos ellos enriquecen nuestra vida y aumentan sin medida nuestra felicidad.

John Shelby SPONG

Cambridge, Massachusetts, EEUU

⁷ Entre la revisión final y la publicación de este libro, falleció nuestra madre.